

la vez que aceptan el comunismo, tienen todavía vestigios de las concepciones sindicalistas del parlamentarismo, y las masas radicales más aún. Las elecciones y políticas de corte europeo son ideales para el sistema corrupto que impera en México, y los “dirigentes obreros” y “los amigos de la clase obrera que llegan a una oficina se corrompen hasta los huesos”. El argumento fue que si el nuevo partido participaba de inicio en las elecciones, se aislaría de los sectores más positivos de la clase trabajadora, y hay algo de verdad en el argumento. Primero, me dijeron, construyamos el partido y ganemos la confianza de los obreros y ya luego avanzaremos en el programa para participar en las elecciones. Este planteamiento, estoy convencido, es honesto. Sin embargo, también creo que nuestros camaradas le dan demasiada relevancia a la importancia de los elementos sindicalistas. En cierta medida les temen, y la participación en las elecciones no es tan peligrosa como ellos piensan. En el próximo Congreso, el Comité Ejecutivo discutirá este asunto con los delegados mexicanos y si ustedes imponen la condición de la participación inmediata, estoy seguro de que ellos la aceptarán.

2. La actitud del partido frente a la perspectiva de una “revolución” fue también un problema grave. Durante los últimos dos o tres meses, ha habido rumores acerca de una nueva “revolución” —por supuesto involucrando a algunos generales—. Los elementos anarco-sindicalistas están vociferando para que se arme a los obreros y que éstos participen en dicha revolución. Valadés, nuestro organizador en el Norte, regresó emocionado con las perspectivas de una nueva revolución y exhortó al partido a hacer tarea de agitación a favor de ésta. Me opuse enérgicamente a esta propuesta, y el asunto lo discutimos ampliamente Valadés, Ramírez, Stirner y yo. Señalé que si bien grandes sectores de obreros y campesinos sienten un descontento radical, no están sin em-

